

Geografía humanista y paisaje

Joan NOGUÉ i FONT

«En concentrant son esprit, en laissant sa pensée s'ébatre vers l'infini, on pénètre avec subtilité le mystère de la Nature. Les choses et le moi sont l'un et l'autre oubliés. On quitte le corps, et on rejette le savoir. Le corps peut alors être comme du bois desséché, et le coeur comme de la cendre éteinte.» (Tchang Yen-Yuan. «Li tai ming-houa Ki». Traducción de Vandier-Nicolas, N. (1982), *Esthétique et peintre de paysage en Chine*. París, Klincksiek).

Paisaje... Pocas palabras como ésta se usan tan indistintamente y a la vez en el lenguaje coloquial y en el lenguaje técnico-artístico-cultural de científicos, artistas y eruditos. Quizás sea esta amplia gama de significados y acepciones lo que otorgue al término una cierta confusión, falta de concreción e imprecisa definición.

Sea como fuere, lo cierto es que durante mucho tiempo el uso del término paisaje, en el campo científico, fue patrimonio «casi» exclusivo de los geógrafos. Hoy ya no podemos afirmar lo mismo. Paradójicamente, mientras otras ciencias y disciplinas revalorizan o recuperan el paisaje como objeto de estudio, se observa, en la mayoría de los debates y discusiones metodológicas y epistemológicas de la Geografía de los últimos años, una verdadera pasión por eliminar de nuestra disciplina el uso del término y del concepto de paisaje¹.

Dejando a un lado —en el campo de la Geografía física— a la Ciencia del paisaje (o Geografía del paisaje integrado), que, por otra parte, no presenta ninguna alternativa al paradigma positivista, nos encontramos con que en estos momentos únicamente la Geografía humanista, al partir de unos presupuestos paradigmáticos diferentes, puede abordar —y así lo hace— el estudio del paisaje desde una óptica innovadora.

Este artículo pretende hacer hincapié en este hecho y demostrar —a través del análisis de la concepción humanista del paisaje y de los primeros resultados empíricos de la investigación fenomenológica que estoy llevando a cabo— que el paisaje debe y puede continuar siendo un objeto de estudio válido para la Geografía. Previamente haré una breve referen-

¹ No hay más que recordar la enconada discusión que suscitó el tema en una de las sesiones del VIII Coloquio de Geógrafos Españoles (Barcelona, 26 septiembre-2 octubre de 1983).

cia al uso del término en diferentes escuelas geográficas y a la recuperación del mismo por parte de otras disciplinas.

1. PAISAJE Y GEOGRAFÍA

En un contexto normal y en su sentido más literal el término *landschaft* equivaldría al inglés *landscape* o al castellano *paisaje*. Sin embargo, en un contexto geográfico, como observa Johnston (1981, pag. 1982), dicho término se asocia siempre a la famosa escuela de *Landschaftsgeographie*, nacida a finales del siglo XIX en Alemania y caracterizada, básicamente, por el hecho de concebir la Geografía como «una ciencia del paisaje», preocupada sólo por el estudio y la clasificación adecuada de las formas de los paisajes... y de las regiones (para los autores alemanes el término *landschaft* equivale tanto a paisaje como a región).

A esta escuela habría que retroceder para ver convertido el paisaje en un objeto esencial de la investigación geográfica. Con ello se perseguía, por una parte, delimitar parcelas y diferenciar claramente la Geografía de otras disciplinas, como la Ecología, que estudian también la superficie terrestre; por otra parte, se pretendía evitar el persistente peligro de división entre una Geografía física y una Geografía humana (Capel, 1981).

Sauer (1925), en *The Morphology of Landscape*, plantea la necesidad de una Geografía que estudie las formas de la cultura reflejadas en el paisaje. Se establece así una fructífera relación entre Berkeley (Sauer) y la *Landschaftsgeographie* (Schmeider y otros), interesada también por el estudio de los paisajes culturales.

El mismo interés por los paisajes y, a la vez, una asociación parecida entre paisaje y región se observa en la Geografía regional francesa. Para Vidal de la Blache, el paisaje —la «fisonomía»— de un territorio es el reflejo de un estilo particular de organización espacial. Una de las tareas de la Geografía es la de estudiar «las expresiones cambiantes que adquiere, según los lugares, la fisonomía de la Tierra» (Vidal de la Blache, 1913, pág. 291). La unidad territorial básica, cuya fisonomía será objeto de estudio, es la región. Con todo, el estudio del paisaje no representa, para Vidal, el eje central de la construcción teórica de su *géographie humaine*. Habrá que esperar a algunos de sus discípulos (Camille Vallaux, Jules Sion...) para ver convertido el paisaje en el principal centro de interés.

El paisaje sirvió de concepto-puente entre la escuela historiográfica de los *Annales* y la escuela vidaliana. Para Lucien Febvre, alumno de Vidal y uno de los máximos inspiradores de la escuela de los *Annales*, el análisis del paisaje es básico para entender las relaciones entre las sociedades humanas y el medio geográfico. El concepto de paisaje de Febvre es muy parecido al de Jean Brunhes. Para ambos, el paisaje sería algo así como la manifestación visible de la actividad humana. En consecuencia, el geógrafo-historiador ha de investigar:

«... qué rasgos de un paisaje determinado, de un conjunto geográfico directamente aprehendido o históricamente reconstituido, se explican o pueden explicarse por la acción continua, positiva o negativa, de un determinado grupo o de una determinada forma de organización social.» (Febvre, 1922, pág. 76).

La filosofía neopositivista de la *new geography*, al rechazar el enfoque idiográfico e historicista de la geografía regional, rechaza también el uso del término paisaje². El concepto de paisaje no encaja en los sistemas analíticos de la «nueva geografía». A partir de ahora, el espacio y otros conceptos mucho más acordes con los abstractos modelos teóricos, irán ganando terreno y vaciando de contenido el término paisaje.

A finales de la década de los 60, la situación política internacional, junto con los decepcionantes resultados de una Geografía teórico-cuantitativa presuntamente «objetiva», provoca el nacimiento de la Geografía radical. Los geógrafos radicales no encuentran una salida al «problema» del paisaje, lo que les obliga, en gran parte, a prescindir de él o, en última instancia, a utilizarlo sin contenido alguno. Sin embargo, y sobre todo en los últimos años, se observa una mayor receptividad e interés por el tema, especialmente entre los radicales franceses³ y en algunos trabajos que podrían enmarcarse dentro de esta óptica (García Ramón, 1981).

Hemos visto en esta breve síntesis cómo el término paisaje se ha ido abandonando progresivamente. Con frecuencia, no se trataba de una decisión consciente y premeditada, sino sencillamente de una inadaptación—real o supuesta— del concepto a los nuevos presupuestos paradigmáticos. Otros conceptos—espacio, territorio— parecían responder mejor a las nuevas formulaciones. Mientras, otras ciencias y disciplinas se apropiaban, reformulaban y/o revalorizaban el concepto de paisaje, aprovechándose de su reciente «orfandad».

2. EL PAISAJE FUERA DE LA GEOGRAFÍA

Vuelvo a lo que decía al principio: el uso del término paisaje fue durante muchos años un patrimonio «casi» exclusivo de los geógrafos, pero no totalmente. Ya a finales del siglo XIX y principios del XX, la arquitec-

² En realidad, ya en la década de los 50—antes, pues, de la difusión de la *new geography*— empezaron a observarse en la propia geografía regional francesa los primeros síntomas de abandono y/o sustitución del término paisaje.

³ Es significativo al respecto que, ya en el n.º 1 de la revista *Hérodote*, Maurice Ronai (1976) plantee seriamente la necesidad de una redefinición y análisis crítico del término paisaje. Un año más tarde, la misma revista dedica al tema un número monográfico (n.º 7), como también lo hará su hermana italiana *Erodoto* (antes *Hérodote/Italia*) en su n.º 4 (1981). Por otra parte, en los últimos *Geopoint* (1978, en especial) se dedica siempre alguna ponencia al tema *Paysage*.

tura paisajística disfrutaba de gran reputación en países como Inglaterra, Alemania, Suiza y Estados Unidos⁴. En las dieciochescas y decimonónicas Academias de Bellas Artes, por poner otro caso, el paisaje era estudiado, analizado, valorado antes de ser reproducido. La cuestión está en que la Arquitectura o las Bellas Artes, a diferencia de la Geografía, no han abandonado el concepto de paisaje, sino que, muy al contrario, han profundizado en el mismo, aportando nuevos enfoques y sugestivas e innovadoras formas de lectura e interpretación. Veámoslo.

El hombre crea su propio paisaje a partir de un medio natural determinado. El objetivo de la arquitectura del paisaje será, pues, la conversión de estos paisajes en unidades funcionales y estéticas equilibradas, satisfactorias (Laurie, 1983). Para conseguirlo, el arquitecto paisajista trabajará junto con otros profesionales en proyectos de planificación del medio a escala local, comarcal e incluso nacional (Derek Lovejoy, 1979). La Sitología —una disciplina a la que tanto pudimos aportar⁵— se preocupa por construir sin destruir el paisaje, por inserir construcciones en un lugar sin destruir la armonía del mismo:

«Descubrimos en el lugar agrupamientos, puntos de referencia, estructuras en las cuales se han insertado las casas, los pueblos, los campanarios. Nuestro objetivo es buscar las reglas de armonía del paisaje a fin de protegerlo mejor de la agresión humana. El análisis del mimetismo de los viejos pueblos y de sus relaciones con el medio nos aporta la lección del pasado.» (Faye, Tournaire, et al., 1974, pág. 4).

El paisajismo como género pictórico original ha evolucionado constantemente desde el siglo XVII hasta nuestros días, dentro y fuera de los círculos académicos. En estos últimos —en las Facultades de Bellas Artes—, el análisis conceptual del paisaje es un tema vivo, enormemente dinámico, que despierta nuevas y sugestivas vías de estudio y reflexión, por las que de vez en cuando los geógrafos deberíamos interesarnos (Argullol, 1983; Pena, 1982; y otros muchos).

Si la Arquitectura o las Bellas Artes recuperan y revitalizan un término que tradicionalmente también les ha pertenecido, otras artes, ciencias y disciplinas lo convierten por primera vez en objeto de estudio y de expresión artística. Tratados sobre la importancia de la conservación del paisaje y sobre su valoración estética se suceden uno tras otro (Tison-Braun, 1980; González, 1981; Lenclos, 1981; Neuray, 1982;...). Incluso el «Centre Georges Pompidou» de París, consciente de la necesidad de reflexionar sobre el tema, organiza una magna exposición bajo el lema «Paysages», que culminó con una interesante publicación (Centre Georges

⁴ Prueba de ello es la creación, ya en 1929 —cuando la Geografía acababa de institucionalizarse como ciencia—, del *Institute of Landscapes Architects* en Inglaterra (Tandy, 1976).

⁵ Entre los autores del manual *Sites et Sitologie* (Faye, Tournaire, et al., 1974) aparece sólo un geógrafo.

Pompidou, 1981). Entre la Geografía y la Antropología, Eugenio Turri (1974) convierte el paisaje en un objeto de estudio básico, iniciando así una sugerente línea de investigación que en sus últimas expresiones parece comulgar totalmente con los presupuestos de la Geografía humanista (Turri, 1979).

El paisaje se abre camino incluso en campos tan aparentemente alejados de la Geografía como la literatura o el arte cinematográfico (!). El crítico literario (Centre d'Art,..., 1980) —como el geógrafo interesado en el tema (Lloyd, Salter, 1977; Pich, 1975)— ve en las descripciones paisajistas, contemporáneas o pasadas, una enorme y variada fuente de información. La gran riqueza simbólica que encierra el paisaje lo convierte en un preciado recurso al que acuden directores de cine, poetas y novelistas cuando necesitan comunicar o transmitir determinados mensajes sin necesidad de utilizar palabras. En las películas de Werner Herzog (*Corazón de cristal*, *Fitzcarraldo*) el paisaje se imbuje en los personajes, se convierte en uno más, como ha reconocido en alguna ocasión el propio director (Herzog, 1981). *Dersu Uzsala* (Dir.: Kurosawa), *Excalibur* (Dir.: John Boorman), *Edipo Rey* (Dir.: Pier Paolo Pasolini), son, entre otras, producciones en las que el paisaje tienen un papel fundamental⁶.

En resumen, el paisaje, como tema de estudio, de reflexión, de expresión, de inspiración o de creación es una realidad viva, dinámica, actual. ¿Por qué, entonces, cerramos los ojos ante esta evidencia? ¿Por qué, en determinados círculos geográficos, el término paisaje se está convirtiendo en una especie de tabú? ¿Por qué renunciar a un concepto que en muchos sentidos nos pertenece y del que en gran parte somos artífices? Demasiados prejuicios y escrúpulos afectan a nuestra ciencia. La Geografía humanista, por fin, rompe con ellos y nos ofrece una alternativa para solventar esta absurda paradoja.

3. GEOGRAFÍA HUMANISTA Y PAISAJE

Iniciada a partir de 1970 en el mundo anglosajón, la Geografía humanista, con sus enfoques fenomenológico y existencialista, representa una verdadera alternativa al paradigma positivista de la *new geography*⁷. A diferencia de la Geografía radical o de la Geografía de la percepción y del comportamiento, que si bien no aceptaban la teoría, sí se servían de los mismos métodos positivistas, la Geografía humanista rechaza tanto su teoría como su método. Este rechazo implica partir de unos presupuestos

⁶ Dentro de la propia Geografía han aparecido ya algunos estudios referidos al tema, como los de Foucher, 1977; Barrera, Dematteis et al., 1981; Nogué, 1982.

⁷ No todos los autores están de acuerdo en este punto. Para Entrikin (1976), por ejemplo, la Geografía humanista es más una actitud crítica hacia el positivismo que una verdadera alternativa al mismo.

paradigmáticos totalmente diferentes, que son, justamente, los que permiten abordar el tema del paisaje desde una nueva óptica.

García Ballesteros (1983), García Ramón (1983) y Estébanez (1982) —este último en esta misma revista— han comentado y valorado el contenido y los métodos de la Geografía humanista a partir de la obra de sus principales representantes. No querría, pues, insistir de nuevo en lo que ya se ha escrito repetidamente. Por ello, no haré a continuación ninguna referencia a los orígenes y evolución de la Geografía humanista, ni a sus fuentes de inspiración, ni al contenido teórico detallado de sus dos corrientes más significativas (fenomenología y existencialismo). Me limitaré a analizar qué conceptos del enfoque humanista se han aplicado al estudio del paisaje y cómo y quién ha llevado a cabo esta aplicación.

Como es sabido, en la perspectiva antropocéntrica, holística y hermenéutica de la Geografía humanista, las palabras, los términos geográficos adquieren una significación especial. En este sentido, el *espacio* y el *lugar* —dos conceptos fundamentales del nuevo enfoque— requieren para su comprensión una lectura fenomenológica y existencial. El lugar se refiere a una área limitada, a una porción del espacio concreta, caracterizada por una estructura interna distintiva y a la que se atribuye una significación que evoca siempre una respuesta afectiva (Tuan, 1977). Los lugares, como «centros de significados o intenciones, entendidos tanto culturalmente como individualmente» (Relph, 1976, pág. 55), como entidades que «encarnan la experiencia y las aspiraciones de la gente» (Tuan, 1971, pág. 281) o como «unidades del espacio material, de significado psicológico, limitadas temporal y perceptiblemente» (Godkin, 1980, pág. 73), tienen claramente una dimensión existencial. Los lugares dan carácter al espacio, lo «humanizan».

En este sentido, *el paisaje es un lugar*: de ahí parten algunos humanistas al abordar el tema del paisaje. Es obvio: el lugar no tiene escala. La casa, la plaza, el pueblo o el paisaje de una comarca o región pueden ser lugares, puesto que todos ellos —después de una relación íntima y cotidiana— pueden convertirse en símbolos de nuestras aspiraciones, frustraciones, emociones y experiencias pasadas y presentes. En *The Interpretation of Ordinary Landscapes*, Meinig (1979) aboga claramente por esta concepción del paisaje.

Relph (1976) concibe la naturaleza del lugar como una experiencia y concluye que el núcleo experiencial esencial del lugar es la *interioridad existencial*, es decir el grado de relación y de asociación de una persona al lugar:

«La interioridad existencial es la más íntima experiencia del lugar, lo que nos permite comprender porqué el lugar puede ser una dimensión esencial de la vida y de la experiencia humanas. La interioridad existencial es una inmersión total en el lugar... La persona se convierte en parte del lugar y éste en parte de la persona.» (Pág. 55.)

Por el contrario, la *exterioridad existencial* es una experiencia en la cual la persona se siente separada del lugar, alienada del mismo. El modelo de sociedad occidental no sólo está fomentando esta última sensación, sino que está creando un espacio «sin lugares» (*placelessness*), sin unos centros significativos y distintivos que nos unan experiencialmente al mundo.

Desde esta óptica, el paisaje aparece de nuevo como objeto de estudio. Relph (1981, a), en *Rational Landscapes and Humanistic Geography*, Tuan (1974), en *Topophilia*, Turri (1979), en *Semiologia del paesaggio italiano*⁸ y otros muchos se levantan contra la estandarización y homogeneización de los paisajes, contra la pérdida de la especificidad de los lugares:

«Los paisajes modernos nos muestran cómo el cientifismo y la técnica han reducido nuestras habilidades en experimentar y crear lugares significativos.» (Relph, 1981, b, pág. 111.)

Ello conlleva, en última instancia, el surgimiento de una sensación de desarraigo, de desapego, nada positiva para el buen desarrollo de la identidad personal (Godkin, 1980).

El concepto de *experiencia* es clave en la obra de los humanistas y, por lo mismo, aplicable al estudio del paisaje desde una perspectiva humanista. El término «experiencia» se refiere a la totalidad de nuestras relaciones con el mundo: sensaciones, percepciones, emociones, pensamientos. De hecho, si «los conceptos de espacio, paisaje, ciudad, región tienen un significado para nosotros» es porque «podemos relacionarlos con nuestras *experiencias* directas de estos fenómenos» (Relph, 1981, b, pág. 109).

Si en *Space and Place: The Perspective of Experience*, de Tuan (1977), y en *The Human Experience of Space and Place*, de Buttimer y Seamon (1980), se analiza nuestra relación experiencial con el espacio y el lugar, en *The Experience of Landscape*, de Appleton (1975), y en *Landscape of Fear*, de Tuan (1980) —por poner sólo dos ejemplos— el interés ya sólo se centra en nuestra relación experiencial con un lugar: el paisaje.

El hombre se relaciona con su entorno a través de su cuerpo y de sus sentidos. La consideración de la percepción como un fenómeno sensorial global —y no simplemente visual⁹— abre nuevas perspectivas de estudio:

⁸ Eugenio Turri, geógrafo, no está vinculado directamente a la nueva corriente de geógrafos humanistas. Sin embargo, en sus obras —especialmente en *Semiologia del paesaggio italiano*— trata temas claramente humanistas y se refiere a autores de esta corriente, en particular a Yi-Fu Tuan.

⁹ La preferencia por el sentido de la vista —manifiesta en las encuestas de los geógrafos de la percepción y del comportamiento— es el fruto de una concepción poco armónica de los sentidos, propia del ámbito cultural «occidental».

«El paisaje no es sólo algo visible, sino que, como construcción de nuestra actividad sensorial, está también hecho de sonidos, ruidos.» (Turri, 1979, pág. 70).

Ortelio (1981), aunque no se declare humanista, nos propone en «Per un'archeologia del paesaggio sonoro» una concepción del paisaje claramente existencial:

«La experiencia del momento presente no está nunca aislada, sino que viene condicionada por un número infinito de experiencias sensoriales del pasado... (pág. 99). Todo individuo tiende a buscar en el conjunto de la experiencia perceptiva cotidiana unos puntos de referencia «psíquicos» o «psicotopos»... En este sentido,..., actuaban señales (acústicas) como la campana, el mar o el mismo silencio (pág. 126)... El ruido de las máquinas no establece ningún tipo de relación con el paso del tiempo, ni con la diversidad de los lugares: simplemente *se repite*... Lo peor, sin embargo, no es el insostenible ruido de las fábricas... Lo más grave y preocupante es el atentado que, diariamente, el paisaje sonoro neotécnico ejerce sobre la población: esto es, la incapacidad de vivir conscientemente la dimensión sonora de la propia existencia.» (Pág. 127.)

En este afán por explorar holísticamente las relaciones hombre-medio, la Geografía humanista no siente ningún prejuicio en utilizar fuentes como la literatura, algo «heterodoxas» a los ojos de ciertos círculos académicos. Los humanistas ven en la literatura un mensaje universal y en los novelistas una gran habilidad en la captación de la naturaleza humana y una enorme capacidad interpretativa, creativa y sugestiva. A pesar de su carga de imaginación, creación, ficción y emoción, la literatura es un espejo, un pequeño microcosmos de la realidad. Nos permite, en definitiva, explorar la *experiencia del lugar*¹⁰ y, en este caso, del paisaje. Cuatro de los trece ensayos reunidos en *Humanistic Geography and Literature*, de Pocock (1981), se refieren explícitamente al tema: «Of Truth of Clouds: John Ruskin and the Moral Order in Landscape» (Denis Cosgrove y John E. Thornes), «Literature and "Reality": The Transformation of the Jutland Heath» (Kenneth Robert Olwig), «Literature and the Fashioning of Tourist Taste» (Peter T. Newby) y «Consciousness and the Novel: Fact or Fiction in the Works of D. H. Lawrence» (Ian G. Cook). En este último, Cook subraya la habilidad del novelista en captar la «esencia» del lugar, el «espíritu» del paisaje:

«Todo continente tiene su propio y gran espíritu del lugar. Todas las personas se polarizan en un lugar determinado, que es su casa, su tierra natal.

¹⁰ Prueba de la trascendencia que está tomando el tema lo demuestra el hecho de que en la Conferencia Anual de Durham (4-7 enero 1984), organizada por el *Institute of British Geographers*, se dedicara una ponencia al mismo, dirigida por D. C. D. Pocock («Geography and Literature: Experience of Place»).

En la superficie terrestre, lugares diferentes tienen corrientes vitales diferentes, vibraciones diferentes, exhalaciones químicas diferentes, una polaridad diferente con estrellas diferentes: llamadlo como queráis, pero el espíritu del lugar es una realidad importante.» (Lawrence, 1924, pág. 6.)

Si de la literatura saltáramos a la pintura —lo que por falta de espacio no podemos hacer— habría que referirse, sin duda, a los excelentes trabajos de Rees (1976 y 1982).

El *tiempo* es una dimensión existencial analizada también por los humanistas. En nuestra relación experiencial con el entorno, espacio y tiempo están interconectados, unidos. Pero no se trata del tiempo unidireccional del enfoque positivista, producto de un progreso técnico constantemente proyectado hacia el futuro, hacia un horizonte lejano, sin pausa ni sin retorno. Fenomenológicamente, el tiempo es parte de nuestra vida: es un fenómeno multidireccional, variable y cíclico, adaptado a los ritmos de la naturaleza. Los cambios estacionales del paisaje, por tanto, deben ser valorados y considerados, en cuanto que forman parte de nuestra experiencia inmediata del entorno (Meining, 1979; Seamon, 1979).

El paisaje es historia: «Todo paisaje es una acumulación... una fuente enormemente rica de datos sobre las gentes y las sociedades que lo crearon...» (Meinig, 1979, pág. 44). Gracias a él, el *pasado* se hace «presente» en nuestro mundo vivido (*lifeworld*), influyendo en nuestras actitudes, pensamientos y comportamientos (Lowenthal, 1975 y 1979).

Los sentimientos *estéticos* engendrados por el paisaje constituyen otra interesante línea de investigación y análisis fenomenológico. Forman parte de nuestro mundo vivido, de nuestra relación experiencial con el entorno, como reconocen incluso algunos Geógrafos no humanistas:

«Los geógrafos “describen” o “analizan” los paisajes. Con frecuencia, sin embargo, este análisis parece reducirse a un puro inventario de formas... Pocas veces se considera la estética de los paisajes, ni la forma en que éstos son percibidos o interpretados... La morfología debe ser completada por una semiología, por una poética y por una estética del paisaje.» (Frémont, 1974, pág. 128.)

De hecho, la acepción más corriente del término paisaje va ligada a su aspecto artístico y/o estético, como se observa al consultar la definición de la palabra en cualquier diccionario¹¹. El paisaje como estética, como expresión de un sentimiento personal, de una valoración, de un gusto o de una preferencia es analizado por Appleton (1980) en *The Aesthetics of Landscape*, por Meinig (1979), pág. 46), por Bunkse (1981) y espe-

¹¹ «Paisaje: extensión de campo que se ve desde un sitio / El campo considerado como espectáculo / Pintura que representa una extensión de campo», en María Moliner, 1981, *Diccionario de uso del español*, Madrid, Gredos (el subrayado es nuestro).

cialmente por Lowenthal. En «English Landscape Tastes», Lowenthal y Prince (1965) confeccionan una interesante tipología de valoraciones y preferencias sobre el paisaje inglés y analizan un gran número de imágenes idealizadas y prejuicios visuales centenarios sobre dicho paisaje (paisaje bucólico, pintoresco, ordenado, valorado como una pieza de anticuario,...). En otra ocasión («Finding Valued Landscapes»), Lowenthal (1978) intenta demostrar que los valores estéticos del paisaje mantenidos por el sistema no son innatos, ni mucho menos eternos, sino que varían de una sociedad y de una época a otra.

La *semiología* —ciencia que estudia la biografía de los símbolos en el seno de la vida social— puede aplicarse perfectamente —y desde una óptica humanista— al análisis del paisaje. Para ello es necesario considerarlo no sólo como un simple «objeto», sino más bien como «un conjunto de signos que conviene interpretar, como un poema colectivo grabado sobre la tierra» (Frémont, 1974, pág. 128). El paisaje no es un espectáculo muerto; es un dinámico código de símbolos que nos habla de su pasado, presente y futuro.

Son varios y variados los estudios humanistas realizados en este campo, aunque todos ellos parten de una misma perspectiva. Los primeros antecedentes habría que buscarlos quizás en Lowenthal (1961), Tuan (1966) y en la revista *Landscape*. Más tarde, en «Symbolic Landscapes», Meinig (1979) analiza los paisajes simbólicos utilizados por la iconografía nacionalista americana, mientras Samuels (1979), en «The Biography of Landscape», prefiere buscar en los paisajes aquellos símbolos, aquellas huellas que permitan reconstruir su «biografía». No hay que olvidar tampoco la excelente obra de Turri (1979), *Semiología del paesaggio italiano*.

En fin, éstos son sólo algunos ejemplos referentes al tratamiento que la Geografía humanista da al tema del paisaje. Hemos visto hasta aquí cómo el contenido teórico y metodológico de la perspectiva fenomenológica-existencial permite abordar el estudio del paisaje desde una nueva óptica. En este sentido, en el siguiente apartado se esbozan las líneas maestras y las principales características de la investigación humanista que el autor está llevando a cabo.

4. UNA EXPERIENCIA CONCRETA

El paisaje de la Garrotxa —comarca fronteriza situada al nordeste de la provincia de Girona, entre el Alt Empordà y el Ripollès— es ciertamente peculiar. A tan sólo cuarenta y cinco kilómetros del litoral mediterráneo, disfruta de un clima húmedo (1.000 mmm) y de una vegetación exuberante, que da a sus valles un carácter casi atlántico. La belleza y armonía de sus paisajes rurales dio origen, entre otros motivos, al nacimiento —ya a finales del siglo XIX— de una dinámica tradición pictórica pai-

sajista que aún hoy perdura. Por otra parte, muchos poetas y novelistas se inspiraron y ambientaron sus obras en este marco privilegiado.

El paisaje de la Garrotxa conserva aún hoy su peculiaridad, su originalidad, su especificidad. Sigue siendo, en definitiva, un «lugar», a los ojos de las mujeres y los hombres que lo «viven» y perciben cotidianamente. Es obvio, sin embargo, que la relación experimental mantenida con él varía de un individuo a otro. Para comprender mejor cómo es, cómo se desarrolla esta relación experiencial se han creado los llamados «grupos de experiencia ambiental», es decir agrupaciones de individuos que se relacionan de forma parecida con el paisaje, que «viven», en definitiva, un mismo o parecido «paisaje existencial». Se optó sólo por analizar cinco grupos de experiencia ambiental: excursionistas, veraneantes, pintores, neorurales y campesinos.

Sin ningún tipo de guión, ni de encuesta prefijada, el método de trabajo consistía, sencillamente, en una conversación larga, distendida, relajada con el entrevistado. Era necesario establecer una relación en la que entrevistador y entrevistado se confundieran e, incluso, intercambiaran sus papeles. Ello exigía tiempo, dedicación y, sobre todo, una sincera disposición por conocer y analizar la propia relación experiencial con el paisaje. Todo ello era recogido en una cinta magnetofónica para ser transcrito y analizado posteriormente.

Los resultados hasta el presente son, a mi entender, claramente satisfactorios. Las emociones, sensaciones, sentimientos y pensamientos que configuran el mundo vivido de la gente se dejan entrever con facilidad. Uno piensa, entonces, en lo alejados que están de la realidad cotidiana los enfoques positivistas, cerrados en sí mismos.

Paralelamente, y partiendo de lo que Samuels (1981) entiende por «Geografía existencial»¹², se intenta llevar a cabo una lectura humanista de la transformación del paisaje de la Garrotxa desde finales del siglo XIX hasta nuestros días, enlazando en este punto con el bloque anterior. Se trata de ver, a través de la prensa local, de la literatura, de la pintura, de la fotografía y del recuerdo de los más ancianos cómo era el paisaje existencial de finales del siglo XIX y principios del siglo XX —el paisaje vivido por una sociedad rural tradicional— y cómo se pasó de éste al paisaje existencial actual, más urbano e industrial. En este segundo gran bloque temático se ha podido comprobar, entre otras cosas, lo realmente útiles que pueden ser la literatura, la pintura o la fotografía en el análisis de la experiencia del lugar.

¹² «Una geografía existencial es una especie de geografía histórica que intenta reconstruir un paisaje a los ojos de sus ocupantes, usuarios, exploradores o estudiosos, a la luz de las situaciones históricas que condicionan, modifican o cambian las relaciones» (Samuels, 1981, pág. 129).

5. CONCLUSIÓN

En muchos ambientes geográficos el concepto de paisaje, del que en gran parte somos artífices, está hoy en crisis. Ante el abandono que ha sufrido por parte de los enfoques geográficos positivistas, otras artes, ciencias y disciplinas se apoderan de él y lo revitalizan. La Geografía humanista, al partir de otros presupuestos paradigmáticos, permite abordar el tema desde una óptica innovadora y posibilita la recuperación, para la Geografía, de un término que tradicionalmente nos ha pertenecido.

Marzo, 1984

BIBLIOGRAFIA

- APPLETON, J. (1975): *The Experience of Landscape*. London, Wiley-Sons.
- APPLETON, J. (1980): *The Aesthetics of Landscape*. Oxford, Rural Planning Services.
- ARGULLOL, R. (1983): *La atracción del abismo. Un itinerario por el paisaje romántico*. Barcelona, Bruguera.
- BARRERA, D. y DEMATTEIS, G. et al. (1981): «Cinema e paesaggio». *Hérodote/Italia*, núm. 4, págs. 170-179.
- BUNKSE, E. V. (1981): «Humboldt and an aesthetic tradition in Geography». *The Geographical Review*, abril 1981, págs. 127-146.
- BUTTNER, A. y SEAMON, D., eds. (1980): *The Human Experience of Space and Place*. London, Croom Helm.
- CAPEL, H. (1981): *Filosofía y ciencia en la geografía contemporánea*. Barcelona, Barcanova.
- CENTRE D'ART, ESTHÉTIQUE ET LITTÉRATURE, (1980): *Le paysage normand dans la littérature et dans l'art*. Paris, P.U.F.
- CENTRE GEORGES POMPIDOU (1981): *Paysages*. Paris.
- DEREK LOVEJOY (1979): *Land Use and Landscape Planning*. Glasgow, Leonard Hill.
- ENTRIKIN, J. N. (1976): «Contemporary Humanism in Geography». *Annals. Association of American Geographers*, vol. 66, núm. 4, págs. 615-632.
- ESTEBÁNEZ, J. (1982): «La Geografía Humanística». *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*, núm. 2, págs. 11-34.
- FAYE, P. y TOURNAIRE, M. et al. (1974): *Sites et Sitologie*. Poitiers, J. J. Pauvert.
- FEBVRE, L. (1922), *La Terre et l'évolution humaine*. París, La Renaissance du Livre.
- FOUCHER, M. (1977): «Du désert, paysage du western». *Hérodote*, núm. 7, págs. 130-147.
- FREMONT, A. (1974): «Les profondeurs des paysages géographiques. Autour d'Écouves, dans le Parc Régional Normandie-Maine». *L'Espace Géographique*, núm. 2, págs. 127-136.
- GARCÍA BALLESTEROS, A. (1983): «Tendencias fenomenológicas y humanistas en la Geografía actual». *II Coloquio Ibérico de Geografía*, Lisboa, págs. 185-194.

- GARCÍA RAMÓN, M. D. (1981): «El cambio en el paisaje agrario», en *Métodos y conceptos en geografía rural*. Vilassar de Mar, Oikos-Tau, págs. 171-182.
- GARCÍA RAMÓN, M. D. (1983): «Nuevos horizontes geográficos de la década de los 80: notas sobre el enfoque humanístico y fenomenológico del hombre y de su entorno». *II Coloquio Ibérico de Geografía*, Lisboa, págs. 195-208.
- GODKIN, M. (1980): «Identity and Place: Clinical Applications Based on notions of Rootedness and Uprootedness», en BUTTIMER, A. y SEAMON, D., eds. (1980), págs. 73-85.
- GONZÁLEZ BERNÁLDEZ, F. (1981): *Ecología y Paisaje*. Madrid, Blume.
- HARVEY, M. E. y HOLLY, B. P., eds (1981): *Themes in Geographic Thought*. London, Croom Helm.
- HERZOG, W. (1981): *Del caminar sobre el hielo*. Barcelona, Muchnik.
- JOHNSTON, R. J., eds. (1981): *The Dictionary of Human Geography*. Oxford, Blackwell.
- LAURIE, M. (1983): *Introducción a la arquitectura del paisaje*. Barcelona, Gustavo Gili.
- LAWRENCE, D. H. (1924): *Studies in Classic American Literature*. London, Heinemann.
- LENCLOS, J. P. (1981): *Les couleurs de la France. Maisons et paysages*. Paris, Moniteur.
- LLOYD, W. J. y SALTER, C. L. (1977): «Landscape in Literature». *Resource Papers for College Geography*. Association of American Geographers, núm. 76-3.
- LOWENTHAL, D. (1961): «Geography, experience and imagination: towards a geographical interpretation». *Annals. Association of American Geographers*, vol. 51, núm. 3, págs. 241-260.
- LOWENTHAL, D. (1975): «Past Time, Present Place: Landscape and memory». *The Geographical Review*, vol. 64, núm. 1, págs. 1-30.
- LOWENTHAL, D. (1978): «Finding Valued Landscapes». *Progress in Human Geography*, vol. 2, núm. 3, págs. 373-418.
- LOWENTHAL, D. (1979): «Age and Artifact», en MEINIG, D. W., ed. (1979), págs. 103-128.
- LOWENTHAL, D. y PRINCE, H. C. (1965): «English Landscape Tastes». *The Geographical Review*, vol. 60, núm. 2, págs. 186-222.
- MEINIG, D. W., ed. (1979): *The interpretation of ordinary Landscapes*. New York, Oxford University Press.
- NEURAY, G. (1982): *Des paysages. Pour qui? Pourquoi? Comment?* Gembloux, Les Presses Agronomiques.
- NOGUÉ I FONT, J. (1982): «Paisatge i cinema». *L'Oloti*, núm. 162, págs. 15-16.
- ORTELIO, M. (1981): «Per un'archeologia del paesaggio sonoro». *Hérodote/Italia*, núm. 4, págs. 98-127.
- PENA, C. (1982): *Pintura de paisaje e ideología*. Madrid, Taurus.
- PICH, E. (1975): «Littérature et paysage». *Colloque sur la perception des paysages*, Lyon, págs. 1-11.
- POCOCK, D. C. D., ed. (1981): *Humanistic Geography and Literature*. London, Croom Helm.
- REES, R. (1976): «John Constable and the Art of Geography». *The Geographical Review*, vol. 66, núm. 1, págs. 59-72.
- REES, R. (1982): «Constable, Turner and views of nature in the nineteenth century». *The Geographical Review*, vol. 72, núm. 3, págs. 253-269.

- RELPH, E. (1976), *Place and Placelessness*. London, Pion.
- RELPH, E. (1981 a): *Rational Landscapes and Humanistic Geography*. London, Croom Helm.
- RELPH, E. (1981 b): «Phenomenology», en HARVEY, M. E. y HOLLY, B. P., eds (1981), págs. 99-114.
- RONAI, M. (1976): «Paysages». *Hérodote*, núm. 1, págs. 125-159.
- SAMUELS, M. S. (1979): «The Biography of Landscape», en MEINIG, D. W., ed. (1979), págs. 51-88.
- SAMUELS, M. S. (1981): «An Existencial Geography», en HARVEY, M. E. y HOLLY, B. P., eds. (1981), págs. 115-132.
- SAUER, C. (1925): *The Morphology of Landscape*. Berkley, University of California Press.
- SEAMON, D. (1979): *A Geography of Lifeworld*. London, Croom Helm.
- TANDY, C. (1976): *El paisaje urbano*. Madrid, Blume.
- TISON-BRAUN, M. (1980): *Poétique du paysage*. Paris, Librairie A. G. Nizet.
- TUAN, YI-FU (1966): «Man and Nature». *Landscape*, vol. 15, núm. 3, págs. 30-36.
- TUAN, YI-FU (1971): «Geography, Phenomenology and the Study of Human Nature». *The Canadian Geographer*, núm. 15, págs. 181-192.
- TUAN, YI-FU (1974): *Topophilia. A Study of Environmental Perception. Attitudes and Values*. New Jersey, Prentice Hall.
- TUAN, YI-FU (1977): *Space and Place: The Perspective of Experience*. Minneapolis, University of Minnesota Press.
- TUAN, YI-FU (1980): *Landscapes of Fear*. Oxford, Basil Blackwell Publisher.
- TURRI, E. (1974): *Antropologia del paesaggio*. Milano, Comunità.
- TURRI, E. (1979): *Semiologia del paesaggio italiano*. Milano, Longanesi.
- VIDAL DE LA BLACHE, P. (1913): «Des caractères distinctifs de la Géographie». *Annales de Géographie*, núm. 124, págs. 193-212.

RESUMEN

En la mayoría de los debates y discusiones metodológicas y epistemológicas de los últimos años, se observa una verdadera pasión por eliminar de la Geografía el uso del término y del concepto de paisaje, justamente en unos momentos en que otras ciencias y disciplinas —Arquitectura, Antropología, Bellas Artes, Estética, Semiología,...— revalorizan o recuperan el paisaje como objeto de estudio. En Geografía, si exceptuamos la Ciencia del Paisaje (o Geografía del Paisaje Integrado), que por otra parte no representa ninguna alternativa al paradigma positivista, nos encontramos con que en estos momentos únicamente la Geografía Humanista, al partir de unos presupuestos paradigmáticos totalmente diferentes, puede abordar el estudio del paisaje desde una óptica innovadora. Este artículo pretende hacer hincapié en este hecho y demostrar que el paisaje debe y puede continuar siendo un objeto de estudio válido para la Geografía.

ABSTRACT

In recent years a real interest to eliminate from Geography the term and the concept of landscape is noticed in most of the debates and methodological and

epistemological discussions, just now when other sciences and academic disciplines —Architecture, Anthropology, Fine Arts, Aesthetics, Semiology,...— revalue or recover the landscape as a subject of study. At this moment, except for the Science of Landscape (or Geography of Integrated Landscape) —that on the other hand doesn't mean any alternative to positivist paradigm—, only Humanistic Geography, *in being inspired by other paradigms, can study landscape from an innovating approach in Geography.* This paper tries to insist on this fact and to prove that landscape has to be and can go on being a valid subject of study for Geography.

RÉSUMÉ

Dans la plupart des débats et discussions méthodologiques et épistémologiques des dernières années on remarque une véritable passion pour éliminer de la Géographie le terme et le concept «paysage», justement quand d'autres sciences et disciplines —Architecture, Antropologie, Beaux Arts, Esthétique, Sémiologie,...— sont en train de révaloriser ou de récupérer le paysage comme objet d'étude. En Géographie, à l'exception de la Science du Paysage (ou Géographie du Paysage Intégré —laquelle, d'autre part, ne représente aucune alternative au paradigme positiviste—, seulement la Géographie Humaniste, en partant d'autres postulats paradigmatiques tout à fait différents, peut aborder en ce moment l'étude du paysage avec un approche innovateur. Cet article veut insister sur cette réalité et démontrer que le paysage peut et doit être encore un objet d'étude valide pour la Géographie.